

das en estas circunstancias son nulas; pero obliga al padre á reembolsar el precio de compra, aumentándolo en un quinto á título de daños y perjuicios, «á fin, dice, de que quien en estas circunstancias desesperadas ha comprado, no se arrepienta de su acción».

Como puede verse, los emperadores cristianos no pudieron sobre esta materia dictar reglas absolutas: se esforzaron, hasta donde lo permitían las miserias de los tiempos, en conciliar la humanidad con los derechos de la libertad, llegando al extremo de considerar que el hombre que hubiera comprado un niño á su padre había realizado un acto plausible y merecido una especie de recompensa. Sin embargo, en medio de estas tristezas el Cristianismo mantenía los sagrados sentimientos de la Naturaleza, y, en todo caso, la suerte de los niños de las más pobres familias era preferible en vísperas de la invasión bárbara á la de los descendientes de más de un rico patricio durante el período pagano del Imperio.

### CAPITULO III

#### REHABILITACIÓN DEL TRABAJO MANUAL

##### I

Ya he indicado en los primeros capítulos de este estudio cómo el trabajo en Roma estaba casi por completo en manos de los esclavos. Es propio del hombre poner sus ideas de acuerdo con su interés ó con su egoísmo, é inventar después buen golpe de teorías para justificar á sus propios ojos el proceder que sigue. Así sucedió en la antigüedad. Dondequiera existió la esclavitud, en el mundo griego y en el mundo romano, la clase dominante echó sobre la clase servil la pesada carga del trabajo manual, declarando al mismo tiempo que el trabajo era indigno del hombre libre, degradante, esencialmente servil. He aquí de qué manera siguió la teoría á los hechos para encubrirlos y justificarlos: la Filosofía echó sobre ellos un espeso velo.

Herodoto, Platón, Jenofonte, Aristóteles, Cicerón, el mismo Séneca, sintieron un profundo y común despre-

eio hacia el trabajo manual y hacia las industrias que de él se derivan. En la imaginaria república de Platón, el ejercicio del trabajo manual se considera incompatible con los derechos políticos, y el comercio al por menor constituyó un delito si era ejercido por un ciudadano. Aristóteles estima «toda profesión mecánica, toda especulación mercantil» como «trabajos degradantes y contrarios á la virtud:» «la Constitución perfecta, dice, no admitirá nunca al artesano entre los ciudadanos» (1). Jenofonte ve en las artes manuales algo hostil á la belleza, á la gracia, á la libre vida de un griego artista: «deforman el cuerpo, obligan á sentarse á la sombra ó junto al fuego, y no dejan tiempo para la República ni para los amigos» (2). Cicerón habla de ellos con el rudo y olímpico desdén del hombre de Estado romano. «Son indignas de un hombre libre las ganancias de los mercenarios y de todos los que alquilan su trabajo. El salario no es otra cosa que el precio de la servidumbre. El comercio al por menor es vergonzoso. El trabajo de los artesanos es innoble. Nadie que sea libre puede tener tienda» (3). En Roma el obrero libre es casi tan despreciado como el esclavo. «Los obreros, los tenderos, la hez de la ciudad», dice Cicerón (4). Define el populacho de Roma diciendo: «una multitud compuesta de esclavos, de jornaleros, de malvados y de pobres» (5). Lo mismo que á los esclavos se arroja de la plaza pública á los obreros cuando el gran pontífice ofrece un sacrificio expiatorio (6). El honrado y sencillo Valerio Máximo escribió una curiosa página que permite juzgar de los sentimientos que inspiraban á los romanos el trabajo y los que lo ejercían. La corporación de los empresarios de pompas fúnebres, *libitinarii*, *pollinctores*, *vespillones*, ofreció después de una guerra inhumar gratuitamente á los ciudadanos muertos en defensa de la patria. Valerio Máximo refiere en un capítulo de su libro este

(1) Aristóteles, *Polit.*, IV, 8.

(2) Jenofonte, *Econom.*, IV, 2.

(3) Cicerón, *De Officiis*, I, 42. Séneca, *De Benef.*, IV, 18.

(4) Cicerón, *Pro Flacco*, 18.

(5) Id., *Pro domo*, 33.

(6) Suetonio, *Claudius*, 22.

rasgo de desinterés, «muy hermoso, dice, por parte de hombres que sólo contaban con su trabajo para vivir». Después se excusa de haber hablado de los actos de este «rebaño despreciado» en las páginas consagradas á los grandes hechos de los héroes de Roma y de los reyes extranjeros». He colocado este hecho, dice, después de los otros ejemplos domésticos, en el último lugar, á fin de que los actos honrados, aun ejecutados por los insignificantes, no se olviden, aunque se les asigne un lugar aparte»: *licet separatum locum obtineant* (1).

Tal era la fuerza del antiguo prejuicio. Constituía un obstáculo inquebrantable para la destrucción de la esclavitud, haciendo de la libertad y del trabajo dos cosas incompatibles, y obligando á la opinión á despreciar hasta cierto punto como á la desdichada multitud de esclavos á los hombres libres descalificados que intentaran trabajar. El trabajo es indispensable á toda sociedad. Mientras trabajo y esclavitud fueron palabras sinónimas, era imposible prever siquiera la abolición de la segunda. La rehabilitación del trabajo constituyó una revolución moral casi tan difícil de conseguir como la desaparición de la esclavitud, á la cual conducía. Pero ¿quién en el mundo antiguo hubiera intentado esta revolución? ¿Quién hubiera siquiera concebido tal idea? El único instrumento de progreso moral de que la antigüedad dispuso, la Filosofía, era precisamente el autor de la deshonrosa opinión en que se tenía al trabajo. Séanos lícito afirmar que, sin el Cristianismo, esta opinión no hubiera desaparecido nunca. Para destruirla fueron precisos todos los recursos sobrenaturales de que disponía. Sólo él podía rehabilitar el trabajo, porque sólo él podía imprimirle un carácter divino. El primero de los inspirados libros transmitidos por los judíos á los cristianos, representa el trabajo manual como una ley impuesta por Dios á la Humanidad aun antes del pecado original. *Tulit ergo Deus hominem, et posuit eum in paradiso voluptatis, ut operaretur et custodiret illum* (2). El Evangelio pinta á Jesucristo aceptando esta ley, aco-

(1) Valerio Máximo, V, II, 10.

(2) Génesis, II, 15.

modándose á nacer en casa de un carpintero y á hacerse él mismo carpintero también: *¿Nonne hic est fabri filius? ¿Nonne hic est faber?* (1). Los últimos libros del Nuevo Testamento ponen en escena á San Pablo presentando á los cristianos «estas manos que han subvenido á sus necesidades y á las de sus compañeros», y testimoniando «que no ha comido el pan ajeno, sino el ganado con su trabajo y sus fatigas de día y de noche, á fin de no depender de nadie» (2). Desenvolvendo así la ley del trabajo impuesta por Dios, aceptada por el Hombre-Dios y sus apóstoles, la Teología cristiana borraba, por decirlo así, la vergüenza que durante los siglos transcurridos desde Adam á Jesucristo habían unido los hombres á la idea del trabajo manual, y devolvía á éste su primitiva nobleza, reverdecida por el recuerdo de Nazareth, de Efesio, de Corinto y de Tesalónica.

Las burlas de los paganos, que prodigaban á la nueva religión el desprecio que sentían por el trabajo, obligaron á los apologistas cristianos á insistir frecuentemente y con empeño sobre este punto de vista. Una de las objeciones más extendidas se basaba en la profesión laboriosa del fundador y de los Apóstoles del Cristianismo. Señalábaseles á los cristianos como una vergüenza, pero ellos convirtiéronla en una gloria. Orígenes acepta enorgullecido la crítica de Celso acusando á los discípulos de Cristo de adorar «á una madre que hilando ganaba la vida», á una madre «pobre obrera»: *pauperculae operariaeque matris* (3). «Somos, exclama también San Juan Crisóstomo, los discípulos del que fué educado en casa de un carpintero, y que se dignó tener por madre á la mujer de este artesano» (4). Ninguna mujer, dice San Jerónimo, fué tan ilustre como la bienaventurada María, esposa de un carpintero. Esta mujer de carpintero mereció ser madre del que entregó á Pedro las llaves del

(1) S. Mateo, XIII, 55; S. Mar., VI, 3.

(2) *Acta apost.*, XX, 34; *I Cor.*, IV, 12; *I Thess.* II, 9; *II Thess.* III, 8.

(3) Orígenes, *Contra Celsum*, I, 28, 29.

(4) San Juan Crisóstomo, *In I Cor.*, Homilía XX, 5.

reino de los Cielos» (1). Con no menos gallardía opone Orígenes á la sabiduría de Platón la de Pablo, el constructor de tiendas; de Pedro, el pescador; de Juan, que heredó las redes de su padre» (2). En ninguna época procuraron los cristianos ocultar el pobre origen de sus primeros maestros. Cuando el Cristianismo triunfó, cuando se convirtió en la religión dominante en el Imperio, recordaron siempre con un sentimiento de filial orgullo la humildad histórica de sus principios. San Juan Crisóstomo la cita sin cesar. «Si indagáis acerca de sus profesiones, dice hablando de los Apóstoles, veréis que ninguna era elevada ni honorable; porque si es verdad que el constructor de tiendas estaba por encima del pescador, en cambio, estaba muy por bajo de los demás artesanos» (3). Pinta á San Pablo, «vil obrero que estaba á la disposición del público en su taller, y que herramienta en mano, profesaba la verdadera filosofía enseñándesela á las naciones, á las ciudades, á las provincias, aunque ignorante y sin elocuencia (4). San Pablo, dice en otra parte, manejando la aguja y cosiendo las pieles, habla con hombres constituidos en dignidad, y no solamente no se avergüenza de esta ocupación, sino que en sus Epístolas dice públicamente cuál era su oficio, como si hubiera gravado el anuncio en un cipo de bronce (5). ¿A quién, añade, menciona San Pablo frecuentemente en sus cartas? ¿A cónsules, á jefes de la milicia, á prefectos, á ricos, á nobles, á poderosos? No; sino á pobres y á indigentes que vivían con el producto del trabajo de sus manos. En la gran ciudad de Roma, en medio de este pueblo henchido de orgullo, era de los obreros de quienes San Pablo se acordaba (6). De tales ejemplos saca San Juan Crisóstomo esta lección: «Cuando veáis á un hombre que hace leña ó que envuelto en denso humo trabaja el hierro con un martillo, no le despre-

(1) San Jerónimo, *Ep*, 148, *Ad. Celantium*,

(2) Orígenes, *l. c.*, VI, 7.

(3) San Juan Crisóstomo, *De S. Babyla*, 3.

(4) *Id. De laud S. Pauli*, Homilía, IV.

(5) *Id. In illud: Salutate Priscillam et Aquilam*, Homilía, 1, 2.

(6) *Ibid.*

cieis. Pedro con los riñones tronchados tiraba de la red, aun después de la resurrección del Señor; Pablo, después de haber recorrido todas las tierras y hecho tantos milagros, cosía pieles en su taller, mientras los ángeles le reverenciaban y el Demonio temblaba delante de él, y no se avergonzaba de decir: «Estas manos han subvenido á mis necesidades y á las de mis compañeros» (1).

Este fué el ideal opuesto por el Cristianismo al desdén que el mundo antiguo sentía por el trabajo manual. El trabajo corporal ejercido por hombres libres: tal es la figura que presentan los cristianos cuando hablan de Jesucristo y de los Apóstoles. El salario no significa para ellos, como para Cicerón, el precio de la servidumbre, *auctoramentum servitutis*, sino, por el contrario, el signo de la libertad. Santiago censura al trabajo esclavo esta injusticia fundamental; la ausencia de salario. «Ya es hora, exclama, ricos, de que lloréis y os lamentéis..., porque el salario debido á los que cosecharon por vosotros vuestros inmensos dominios, y que por injusticia vuestra no recibieron nada en cambio de su labor, ese salario grita contra vosotros, y ese grito ha llegado á oídos del Dios de los ejércitos» (2). Lo que quieren los primeros cristianos, es este trabajo purificante y moralizador que proporciona al hombre lo necesario en pago de sus esfuerzos. «Vivir de su trabajo, dice San Juan Crisóstomo, es una especie de filosofía: los que así viven, tienen el alma más pura, más fuerte el espíritu» (3).

Las especiales circunstancias en que se desenvolvió la vida de las primeras comunidades cristianas las condujo á poner en práctica este ideal y á afirmarlo frente á los principios contrarios de la sociedad pagana. Aun cuando los fieles de condición distinguida fueron muchos desde los primeros días de predicación evangélica, la multitud de los convertidos, el fondo, si puede llamarse así, de la población cristiana, pertenecía al pueblo bajo. Entre los hombres de esta clase, algunos, muy pocos, vivían despreciados ejerciendo

(1) San Juan Crisóstomo, *In I Cor.*, Homilía, V, 6.

(2) Santiago, V, 1, 4.

(3) San Juan Crisóstomo, *In I Cor.*, Homilía, V, 6.

oficios; la mayor parte permanecían ociosos, alimentados por las esplendideces públicas, apartándose voluntariamente de las cargas que lleva anejas la familia, y buscaban recursos poniéndose de diversos modos al servicio del lujo, de los placeres y de las pasiones de los ricos. Hacerse cristianos significaba para ellos un completo abandono de su antigua vida. Al recibir el Bautismo tenían que renunciar á la ociosidad, aceptar las obligaciones de la familia, abstenerse de los inmorales expedientes con cuya ayuda muchos de ellos habían vivido hasta entonces. Sólo les quedaba un recurso, que el Cristianismo convertía en deber: el trabajo manual (1).

Las *Constituciones apostólicas* enumeran las profesiones inmorales que alimentaban á gran número de proletarios, y cuyo abandono exigía la Iglesia á los que se presentaban á recibir el Bautismo: «El leno debe ser rechazado si no deja su infame tráfico; la cortesana, si no cambia de vida; el fabricante de ídolos, si no renuncia á su oficio: que el comerciante, que la actriz, que el cochero del circo, el gladiador, el corredor de pista, el atleta, el tocador de flauta, el tocador de cítara, el tocador de lira, el maestro de baile, el tabernero, el prostituido, el recitador de versos mágicos, el mago, el astrólogo, el mendicante, el echador de buena venturas, el charlatán, el constructor de amuletos, el que realiza las purificaciones mágicas, el que presagia y augura, el intérprete de las palpitations, el que predice lo porvenir observando ciertos signos de los ojos ó de los pies, el intérprete del vuelo de los pájaros y de las moscas, el de las vo-

(1) "Qui furabatur jam non furetur, magis autem laboret, operando manibus suis," San Pablo, *Ad ephes*, IV, 20. "Aquel que venga en nombre del Señor, sea recibido. Pero en seguida le examinaréis y averiguaréis (porque tenéis prudencia) el pro y el contra. Si este recién llegado es un vagabundo, ayudadle todo lo que podáis; no permanecerá en vuestra casa más que dos ó tres días si fuese necesario. Pero si quiere establecerse en vuestra casa, teniendo un oficio, que trabaje y que coma; y si no tiene ningún oficio, evitad prudentemente que ningún cristiano viva ocioso entre vosotros. Si no quiere obedecer esta ley, es un hombre que trafica con el Cristianismo. ¡Libraos mucho de esta clase de gente!," 12.

ces y de los ruidos simbólicos, sean rechazados si no abandonan su ocupación» (1). Tal era la regla cristiana.

Su aplicación condenaba á muchos conversos á un apuro momentáneo. «La Iglesia tenía á su alrededor, dice M. de Champagny, no solamente á los escapados de la esclavitud, sino también á los que huyeron del templo y de la sacristía idolátrica, los escapados del circo y del teatro, los escapados del *forum*, de las basílicas, de todos los talleres de la tiranía y de la fiscalía romanas, incluso los escapados del bandidaje, del robo, de la prostitución; á todos los tenía á su alrededor, emancipados, libertados, bautizados, honrados, regenerados, pero famélicos. Madre de tantos hijos á quienes había dado el pan de la palabra, tenía además que asegurarles el pan del cuerpo» (2).

Y nunca faltó. En 249, Eucrato, obispo de Tenis, escribe á San Cipriano preguntándole si debía permitir á un individuo que pretendía ser cristiano que continuara siendo histrión. Cipriano le contestó que no era posible que aquel hombre siguiera ejerciendo su profesión, ni siquiera que se limitara á enseñarla. Y para no dar lugar á que el cristiano presentara la excusa de la miseria, aconsejaba á Eucrato que le socorriese con los fondos de su iglesia. «Y por si no bastan, añade, para mantener á todos los que lo necesitan, que vengan á nosotros y les entregaremos víveres y vestidos para que, en lugar de enseñar á nadie artes mortales para su alma, aprendan en el seno de la Iglesia lo que conviene á la salud de la suya» (3).

Así acogía la Iglesia á sus convertidos. Subvenía á sus primeras necesidades, y los amparaba en la miseria á que á menudo los había reducido el abandono de una profesión condenada, con la ayuda de los recursos acumulados por el trabajo de los fieles. «Haced el bien por medio de vuestro trabajo», dice el libro del *Pastor* (4). «Con el fruto del trabajo de los

(1) *Const. apost.* VIII, 32. Sobre el *auriga* y el *pantomimus*, véase el canon XXII del Concilio de Ilíberis.

(2) De Champagny, *Les Antonins*, t. II, p. 137.

(3) San Cipriano, *Ep.* 61.

(4) Hermas, *Pastor*, II, *Mandatum*, 2.

«cristianos, socorred á los que tienen frío y hambre», dicen las *Constituciones apostólicas* (1). Después de haber puesto momentáneamente á los conversos á salvo de las necesidades, les enseñaba á trabajar, y las profesiones que ella les ordenaba olvidar eran sustituidas por artes útiles, por un honrado empleo de sus fuerzas. Las *Constituciones apostólicas* obligan al obispo «á dar trabajo al artesano» y á «proporcionar al huérfano lo necesario para aprender un oficio, y, cuando lo haya aprendido, para comprar las herramientas propias de su profesión» (2). Es imposible que la Iglesia no se interesase de igual manera por los conversos que llegaban á ella después de haber renunciado á todo, á quienes rodeaban mil tentaciones, y muchos de los cuales, después de una vida desocupada y criminal, no estaban menos necesitados que el niño de una caritativa iniciación en el ejercicio de una profesión honrada. La Iglesia se consideraba recompensada de sus cuidados cuando podía decir: «Ya no roban, ya no merodean, ya no molestan; ya no son cocheros, ni histriones, ni están dedicados á oficios viles: producen inocente y honradamente cuanto es necesario al hombre; son herreros, albañiles, zapateros, labradores ó artesanos de otros oficios» (3).

De este modo, por efecto natural de la predicación cristiana, iba creciendo el número de los trabajadores. Millares de hombres, de mujeres y de niños dejaban por ella de estar ociosos ó en peor situación aún: convertidos en miembros de la Iglesia, no buscaban recursos más que en el trabajo, cuyo acceso era para ellos completamente libre, gracias á la fraternal caridad de los cristianos. Del hombre del pueblo ocioso, del parásito, del cochero del circo, del gladiador, del juglar, del adivino, del servidor de los ídolos, del miserable juguete de las antiguas voluptuosidades, hacía el Bautismo un obrero; de la cortesana, de la comedianta, de la bailarina, de la tocadora de flauta,

(1) *Const. apost.*, IV, 9.

(2) *Ibid.*, IV, 2.

(3) San Agustín, *De opere monachorum*, 14. Este texto ha sido un poco alterado en su sentido.

hacía una operaria: por él entraba en el mundo romano una cantidad de trabajo, de trabajo libre, nunca visto, y que poco á poco estaba llamado á hacer una terrible competencia al trabajo esclavo. A medida que crecía el número de los proletarios que abrazaban el Cristianismo, iba modificándose en la sociedad romana la balanza de las fuerzas económicas: en el platillo del trabajo libre, casi vacío hasta entonces, caía todos los días un peso nuevo; el equilibrio tendía insensiblemente á establecerse, y tenía que llegar un día en que, por la acción de muchas causas reunidas, la primera de las cuales fué la extensión del Cristianismo, había de romperse en provecho del trabajo libre, más abundante que el trabajo esclavo.

Esto fué obra de varios siglos; pero desde los albores de la predicación cristiana un observador atento y perspicaz hubiera podido preverla.

Las iglesias formaban pequeñas sociedades de trabajadores, en que los unos se ayudaban á los otros, en que el trabajo del artesano cristiano encontraba su natural salida y su cauce normal, y donde, por la fuerza de cohesión, por el íntimo y fraternal enlace, se creaba un centro de resistencia capaz de contrarrestar el monopolio invasor de los grandes poseedores de esclavos, de aquellos amos, casi absolutos, de los mercados de Roma. Todas las profesiones honradas eran ejercidas por cristianos. En las primitivas iglesias, el obispo y el sacerdote daban á menudo el ejemplo del trabajo, siguiendo en esto la tradición apostólica, como los Apóstoles habían seguido la costumbre judía.

Estos hábitos persistieron mucho tiempo, y varias leyes del siglo IV eximían de ciertas cargas fiscales á los clérigos que ejercieran un comercio ó un oficio. «Es indudable, dice una de ellas, que las ganancias que obtengan en sus tiendas y en sus talleres se emplearán en proporcionar alimentos á los pobres» (1).

(1) *Código Teod.*, XIII, I, 10 (año 353); *ibid.*, 9 (año 349); 14 (año 357). En Capadocia los sacerdotes de la clerecía de San Basilio trabajaban manualmente; hay algunos dedicados al oficio de copistas, San Basilio, *Ep.* 263, 319; Paladio, *Hist. Laus.*, 113.

Recorriendo la lista de las profesiones de los primeros cristianos (y es fácil componerla con ayuda de las *Actas* de los mártires y de las inscripciones de las catacumbas) (1), no se encuentra á primera vista nada que haga presagiar una revolución económica y moral, nada que anuncie la formación de una sociedad nueva.

Los paganos y los cristianos se servían de los mismos procedimientos, de iguales medios: no se trata de dos distintas maneras de trabajar. Pero las proporciones habían cambiado. Las iglesias primitivas no tenían ociosos en su seno. «Os exhorto á trabajar con vuestras propias manos, escribe San Pablo á los cristianos de Tesalónica, á fin de que marchéis honradamente hacia los que están fuera de la Iglesia y os pongáis en condiciones de no tener necesidad de nadie» (2).

«El que no quiera trabajar, escribe después á los mismos cristianos, no es digno de comer. He sabido que hay entre vosotros algunos inquietos y curiosos que no trabajan. Yo les ordeno, conjurándolos por nuestro Señor Jesucristo, que coman su pan trabajando en silencio» (3).

De ahí que todos los fieles trabajaran. Por el contrario, los ociosos, en número considerable, tenían su lugar adecuado, oficial hasta cierto punto, en la constitución de las sociedades antiguas. Puede decirse que de mil proletarios cristianos, casi todos trabajaban, mientras que, de mil proletarios paganos, las dos terceras partes eran mantenidos gratuitamente por el Estado ó por los ricos. De ahí la considerable fuerza de las comunidades cristianas. Los fieles se conocían, rezaban juntos, vivían como hermanos. Era, pues, natural que, estando todos los oficios representados entre los cristianos, se buscaran unos á otros en sus nece-

Pero la Iglesia no veía con satisfacción que los sacerdotes se dedicaran al comercio y frecuentaran los mercados: concilio de Iliberis, canon XVIII; Hardouin, t. I, pág. 251.

(1) Véase Martigny, *Dictionnaire des antiquités chrétiennes*, V. Profesiones.

(2) I *Thess.*, IV, 11.

(3) II *Thess.*, III, 10, 11, 12.

sidades (1); y así, el trabajo libre que, falto de salidas, no podía en el mundo romano sostener la competencia del productor rico apoyado en el trabajador esclavo, á medida que se establecía en una ciudad encontraba uno ó varios centros de vida cristiana, una fuerza nueva, y adquiriría más representantes y mayor número de clientes.

La diferencia entre los obreros paganos y los cristianos no estaba sólo en su proporción numérica, sino también en la manera como unos y otros consideraban el trabajo. Los primeros veían en él una degradante tacha que los hacía caer al nivel del esclavo; se envilecían á sus propios ojos ejerciendo un oficio, sentían sobre su persona el desprecio público, y apenas se estimaban dignos del nombre de romanos: *quos sicut operarios barbarosque contempnas* (2). Los segundos habían aprendido, según una expresión del padre de Pascal, «á poner su alma por encima de su obra»: sus manos estaban ocupadas, pero su pensamiento estaba libre, y se remontaba orgulloso á un mundo superior. «Constructor de tiendas, doctor del Universo», ha dicho San Juan Crisóstomo hablando de San Pablo (3). Esta frase pudo aplicarse en cierta medida á más de un obrero cristiano de los primeros siglos (4). Los paganos se asombraban al oírlo y se irritaban, como si se tratase de algo anormal. «Hay que indignarse y entristecerse, dicen, cuando se oye á hombres sin estudios, sin letras, profesando sórdidos oficios, discurrir con el acento de la certidumbre sobre el majestuoso conjunto del Universo, motivo y tema hace tantos siglos

(1) A Flaviópolis, en Cilicia, inscripción de una corporación de cargadores de lana del tercer siglo, compuesta en su totalidad de cristianos, hacen votos por la salvación de la "humilde asociación," y piden á Dios perdón por sus pecados. *Journal of hellenic studies*, t. XI, 1890, pág. 236.

(2) Cicerón, *Tuscul.*, V, 36.

(3) S. Juan Crisóstomo, *Contra Anomæos*, Hom. VIII.

(4) Los predicadores de los primeros siglos tenían cierta tendencia á exaltar al obrero, á ponerle en primera fila: es, más que el rico, hermano del cristiano; es dos veces su hermano, porque cree y porque trabaja. San Juan Crisóstomo, *In Ep. I ad Cor.* Homil. XX, 6.

de la discusión de los filósofos (1). Dejad, añadían, de disertar sobre los castigos celestes y sobre los secretos destinos del mundo: mirad á vuestros pies, ignorantes, groseros, rústicos. No siendo capaces de comprender las cosas de la política, ¿con qué derecho os atrevéis á hablar de la Divinidad? (2)

A estas desdeñosas palabras que Minucius Félix pone en labios del pagano Cecilio, la Iglesia contestaba con Octavio reivindicando la natural igualdad de todos los hombres: «Que mi hermano deje de irritarse ó de afligirse porque los iletrados, los pobres, los ignorantes hablen de cosas celestes, y sepa que todos los hombres, sin distinción de edad, de sexo ni de dignidad, fueron creados capaces de razonar y de sentir: no es la fortuna, sino la Naturaleza, quien les dió la sabiduría» (3).

Tertuliano añadía: «El más humilde obrero cristiano conoce mejor que Platón la naturaleza y las perfecciones de Dios» (4).

Hasta cuando el hombre del pueblo, ennoblecido por el Cristianismo, no era capaz de discutir ó de enseñar, su vida, imagen de su fe, surtía más efecto que todos los discursos. «Encontraréis entre nosotros, dice un apologista del siglo II, ignorantes, artesanos, ancianas mujeres que si difícilmente pueden demostrar con la palabra las ventajas de nuestra doctrina, las demuestran muy bien con los hechos de su vida» (5).

## II

Esta revolución moral no hubiera sido completa, y acaso habría sido imposible, si el ejemplo no hubiese venido de lo alto, y si el proletariado cristiano no hubiera visto trabajar en su compañía, no solamente al apóstol ó al sacerdote, sino también al patricio convertido.

El desprecio al trabajo había pasado desde las cla-

(1) Minucius Félix, *Octavius*, 5.

(2) *Ibid* 12.

(3) *Ibid* 16.

(4) Tertuliano, *Apolog.*, 46.

(5) Atenágoras, *Legat. pro Christ.*, 11.

ses elevadas de la sociedad hasta sus más inferiores capas: casi siempre es por la copa por donde los árboles se deshojan y mueren, y después se esparcen los gérmenes de disolución por el tronco y por las raíces.

También es por la copa por donde el árbol vuelve á revivir: de las clases elevadas es de donde vienen en las épocas de renovación social ejemplos saludables y fecundos. Así sucedió en el tiempo que nos ocupa. Aun cuando la aristocracia cristiana formara en los comienzos un reducido grupo, ejerció sobre las iglesias primitivas considerable influencia. Ella fué la que contribuyó á su desenvolvimiento material, la que les abrió centros de reunión en sus casas, la que cavó cementerios en sus dominios funerarios ó en sus *villas* y se mezcló íntimamente á su vida. «¿Cómo, nobles y clarísimos, para obedecer á no se qué superstición, os hacéis voluntariamente infelices y degradados?», pregunta el prefecto Armachio al marido y al cuñado de Santa Cecilia: les reprocha el trato frecuente que tienen con «personas viles», y parece compadecerlos tanto como los censura. ¿Qué hubiera dicho si hubiese penetrado más adelante en la intimidad de las grandes casas cristianas y hubiera visto á matronas ilustres renunciar á la muelle vida en que habían sido educadas, para dedicarse como las mujeres del pueblo al trabajo manual, y si, descendiendo á los subterráneos consagrados á la sepultura de los fieles, hubiera leído sobre la tumba de mujeres nobles y ricas el calificativo de «amiga del trabajo», de «laboriosa», de «obrero» grabado en ellas como un título de honor? O no lo habría comprendido, ó le hubiera inspirado risa; pero leyendo estas mismas palabras, el humilde obrero se compenetraba más con la ley del trabajo que la Iglesia le predicaba. Así ayudaba la aristocracia cristiana á la reforma de las ideas y de los prejuicios que la aristocracia pagana había sido la primera en esparcir entre el pueblo.

Durante el Imperio la tradición del trabajo doméstico se había perdido casi por completo en las casas ricas. Rodeadas de esclavos que adivinaban el menor de sus deseos, que vivían para ellas y les evitaban, por decirlo así, hasta la fatiga de vivir, las matronas habían olvidado las costumbres laboriosas de la antigua

Roma: «el trabajo, los cortos sueños, las manos cansadas y endurecidas de preparar la lana» (1), se les habían hecho antipáticos; el huso que les entregaban el día de la boda y que venía á ser sagrado ornamento del *atrium*, no era ya para ellas más que un símbolo vacío de sentido. En vano Augusto había intentado reconstituir, en éste como en otros puntos, las antiguas tradiciones: el ejemplo de Livia y de sus hijas preparando por sus propias manos los trajes del Emperador, parece haber ejercido poca influencia sobre sus contemporáneas. Columela, en la misma época, dice que las mujeres ya no se dignan trabajar la lana: *ne lanificii quidem curam suscipere dignentur* (2).

Clemente de Alejandría, lamentándose de la multitud de esclavos, causa de ociosidad, escribe también en el siglo II: «Las mujeres no trabajan ya la lana, ya no tejen, no se ocupan en las labores propias de su sexo, en el cuidado de la casa ni en la vigilancia de los servicios» (3). Sólo algunas familias modestas parecían rendir culto á las antiguas costumbres. Es de notar que en las épocas de decadencia las viejas tradiciones se conservan entre la burguesía, mientras que la aristocracia, que debía ser su natural guardiana, las ha repudiado ya. Así sucedió en Roma: no es en la tumba de las patricias donde se lee en la época del Imperio la hermosa fórmula: *Domum servavit, lanam fecit* (4), ó estos nobles epítetos: *lanifica, pia, pudica, frugi, casta, domiseda* (5).

El Cristianismo restauró en las familias sometidas á su influencia los hábitos del trabajo doméstico. *Manus lanis occupate*, dice Tertuliano á las mujeres cristianas (6), y las descripciones que hace del lujo de los adornos y de las malas costumbres de aquellas á quienes se dirige, demuestran que el tratado en que esas palabras constan fué escrito con referencia á las clases más elevadas de la sociedad. El *Pædagogium* de Cle-

(1) Juvenal, VI, 288-290.

(2) Columela, *Re rust.*, XII, præf.

(3) Clemente de Alejandría, *Pædag.*, III, 4.

(4) Orelli, 4.848.

(5) *Ibid.*, 1.639, 4.860.

(6) Tertuliano, *De cultu feminarum*, II, 13.

mente de Alejandría se dirige también á lectores aristocráticos, y he aquí los preceptos que da: «No hay que apartar á las mujeres del trabajo corporal: si no están formadas para la lucha y las carreras, al menos tienen capacidad para trabajar la lana y el lino y para encargarse de la panadería, por ejemplo. Una buena esposa debe saber hacer todas las provisiones que su familia necesite: no tiene por qué avergonzarse de acercarse á la artesa; preparar la comida de su marido, es honroso para una mujer, que debe ser guardiana y auxiliar de la casa. Y si ella misma sacude la alfombra, si sirve el agua á su marido, y de esta manera entretiene por un movimiento moderado el vigor de su cuerpo, una mujer así es parecida á la mujer fuerte de los *Proverbios*, á Sara y á Raquel» (1).

Así la autoridad de los ejemplos bíblicos se unía al prestigio de las tradiciones de Roma para hacer trabajar á la mujer cristiana. M. de Rossi ha leído en una piedra de la catacumba de San Nicomedes el epitafio de una noble señora que parece haber pertenecido á la ilustre familia de los Catii. El tiempo ha borrado la mayor parte de la inscripción; pero aún se leen estas palabras griegas: ΜΗΤΡΙ ΚΑΤΙΑΝΙΑΑΗ... ΕΡΠΟΙΟΙΩ, «A mi querida Catianilla... laboriosa.» Este epitafio es del siglo III (2). En la misma época un marido cristiano, Aurelio Sabatio, mandó grabar en la tumba de su mujer, Severa Seleuciana, un taller de tejedora y una lanzadera (3), emblema de los trabajos domésticos, que recordaba á la vez á la romana de los antiguos tiempos, que «permanecía en casa trabajando la lana», y á la mujer fuerte de la Escritura, «que buscaba el lino y la lana para trabajarlos con sus propias manos». Un siglo después una mujer rica y caritativa escribió en una tumba una palabra que hubiera avergonzado á una pagana. Ya he citado á Cicerón, que despreciaba por igual á los obreros y á los bárbaros, *operarios barbarosque*, y á Celso, que injuriaba á Cristo recordando que había nacido de una obrera, *operariæ ma-*

(1) Clemente de Alejandría, *Pædag.*, III, 10.

(2) De Rossi, *Bull. di arch. crist.*, 1865, p. 52.

(3) *Idem Inscr. christ. urbis Romæ*, t. I, núm. 14 (año 279), p. 21.

*tris*; también se recordará á Claudio, gran pontífice, que tanto despreciaba á los obreros como á los esclavos: *summota operariorum servorumque turba*. Frente á estos recuerdos parece más noble, más fuerte, la humilde y valerosa cristiana que al elevar á su marido una tumba de mármol toma para sí en la inscripción que manda grabar el despreciado título de obrera: *Amatrix Pauperorum (sic) et operaria* (1).

Quando tales ejemplos daban los fieles que pertenecían á las clases elevadas, se comprende que los cristianos de más modesta condición no vacilaran en seguirles. El P. Garrucci ha visto en la catacumba de los santos Pedro y Marcelino el epitafio de una tumba elevada por un humilde fiel llamado Primo, « á Leoncia, su compañera de trabajo »: *LEONTIAE CVM-LABORONAE SVAE* (2). Ya hemos visto á algunos esposos tomar el nombre de «co-esclavos»; éstos se llaman «compañeros de trabajo»: así se creaba la lengua nueva de la humildad y de la fe.

«Si la vida del Imperio no hubiera sido truncada por los bárbaros, dice M. Littré, si después del des-envolvimiento religioso y del Cristianismo hubiera habido tiempo para que se efectuara un movimiento político, seguramente hubiera sido realizado por los ricos, por los poderosos, por los aristócratas» (3). No tengo por qué entrar á examinar esta cuestión; pero puede decirse, modificando un poco el pensamiento de M. Littré, que en el movimiento de reforma social y moral que estudiamos, la idea cristiana tuvo por principales auxiliares á los miembros conversos de la aristocracia romana. Acabamos de referirnos á mujeres casadas, que honraban y ennoblecían con su ejemplo el trabajo manual y doméstico. Las *Actas* de San Crispín y de San Crispiniano nos refieren algo más

(1) De Rossi, *Inscr. christ. urbis Romæ*, t. I, núm. 62 (año 341), p. 49.

(2) Garrucci, *Nuove epigraphi giudaiche di vigna Randanini*, p. 9. Igual inscripción se encuentra en las tumbas judías. *Ibid.*

(3) Littré. *Etudes sur les Barbares et le moyen âge*, Introducción, p. XIII.

conmoveror todavía: dos patricios del siglo III convirtiéndose en obreros (1).

Crispino y Crispiniano pertenecían á una noble familia de Roma. Abandonaron su patria y sus bienes para ir á predicar el Cristianismo en la Galia. Establecidos en Soisson, allí ejercieron el oficio de zapatero. Sus *Actas* no omiten decir que estos dos voluntarios artesanos, educados en medio de las elegancias y de las artes de Roma, daban al calzado que hacían para los pobres un no sé qué de gracioso y distinguido que no podían conseguir los otros zapateros. Verdad ó leyenda, este sencillo detalle es un símbolo de la nueva vida que debía comunicar á los oscuros oficios el trabajo libre, santificado por la cristiana idea del deber, y aceptado con amor, con gusto, con alegre resignación. Ya hemos visto antes de qué manera en el mundo romano las artes manuales estaban, no solamente despreciadas, sino descuidadas, y por qué extraño fenómeno no prosperaban en la época misma en que las artes de lujo alcanzaban toda su riqueza y todo su esplendor (2). Esto era también una consecuencia del trabajo esclavo: es interesante ver, en el momento en que el trabajo libre se eleva por la influencia cristiana, el arte y el buen gusto embelleciendo los productos de los más humildes oficios.

### III

El trabajo, tal como lo predica el Cristianismo, como sus apóstoles, sus sacerdotes y sus patricios lo enseñaron al pueblo con su ejemplo, constituye un deber para el hombre; pero, sin embargo, sólo debe ocupar en su existencia un lugar secundario. La verdadera vida del hombre es la del alma. Ya he mostrado á los paganos sorprendidos é indignados en presencia de artesanos cristianos que la poseían en toda su plenitud. Parecíanles que el trabajo manual y la elevación del pensamiento eran cosas incompatibles. También ignoraban qué

(1) *Martyrium SS. Crispini et Crispiniani*, ap. *Acta SS., Octobris*, t. XI, p. 535.

(2) Véase libro I, capítulo II.